

estado de mi caja, y no me inquieta el estado de mi alma. ¿Qué importa haber amontonado el oro en aquella, si al mismo tiempo he hacinado iniquidades en la otra? El dinero no da la felicidad y. . . *para llorar eternamente, basta haber pecado una sola vez.*»

Después, levantando su frente, «¡qué loco he sido, añadí, en qué riesgo me encuentro! He leído ayer que cada día la guadaña de la muerte corta el hilo de cien mil existencias, por término medio. ¡Cien mil ayer! . . . cien mil hoy! . . . cien mil mañana! . . . ¡¡¡ Puedo yo ser uno de estos!!! ¿Quién me asegura que vivirá mañana, que llegará con vida al año próximo? Y si así no fuere, ¿qué será de mí, gran Dios? . . . ¡Insensato! *Para ir al infierno basta haber pecado una vez.*»

En estos momentos sus miradas se detuvieron en un crucifijo, y con el acento de la más ferviente oración, exclama: «¡Oh Dios mío, perdonadme! Sin el pecado no hubierais muerto Vos, y yo tengo parte en ese horrible deicidio, porque *para enclavar á Jesucristo en la cruz basta haber pecado una vez.* . . .» Y hé aquí que Augusto lejos de entregarse á dormir por la noche de aquel dichoso día, lavaba sus culpas con el llanto del arrepentimiento.

Lágrimas benditas que prometían un año mejor que el que acababa; uno de esos años verdaderamente felices que encaminan al Paraíso.

Haced vosotros lo mismo, Señor Don Alejandro, amigo Francisco y Rosita.

## EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

*Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.*

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.<sup>a</sup> EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

## DOCTRINA

(CONTINUA)

Hagamos punto omiso de los otros milagros que atestiguaron á las claras su divinidad: aquellos soldados que caen en tierra cuando llegan á prenderle: la oreja restituida á Malco en presencia de los mismos: el maravilloso eclipse que en pleno día sumerge al mundo en tinieblas, eclipse notado por los mismos paganos que han conservado su memoria: el terremoto inusitado: las rocas que se parten, los sepulcros que se abren: la naturaleza entera que se conmueve; prodigios que arrancan al Centurión este grito de la más íntima convicción: *Verdaderamente este era el Hijo de Dios*, y á los que descendían del Calvario, señales inequívocas de dolor y de arrepentimiento, porque *Se volvían dándose golpes de pecho*: dejemos aparte todos estos milagros. El solo hecho de tan larga resistencia al dolor, ¿no es una prueba evidente de la divinidad de Jesucristo? ¿Qué hombre hubiera podido sobrevivir á la sangrienta flagelación, á la coronación de espinas, mil veces

más cruel que aquélla? Y sin embargo, después de tan bárbaro martirio, el Salvador no muere; puede resistir aún el suplicio de la crucifixión, una agonía de tres horas en el patíbulo de la cruz; y por último, exhausto de aliento, de sangre y de fuerzas, prorrumpe al morir en un grito que claramente perciben los espectadores más apartados. ¿Es capaz la naturaleza de un esfuerzo tan vigoroso? No. Jesucristo, aun en este misterio de su mayor ignominia y de su más espantosa abyección, quiso probar que era Dios, padeciendo y muriendo verdaderamente como un Dios.

¿Fué necesario para nuestra redención que Jesucristo padeciera todo lo que padeció? No, no fué absolutamente necesario, porque todas las acciones del Hombre-Dios fueron de valor incomparable y demérito infinito, por la dignidad infinita del Verbo unido hipostáticamente á la humanidad. Por lo que, la menor de sus humillaciones, una lágrima, un suspiro, una oración, hubiera sido bastante para desagraviar á Dios, para pagar lo que debíamos á su divina justicia y rescatar á todo el linaje humano.

Entonces, ¿á qué ese exceso de padecimientos y de dolores, si pudimos ser rescatados á menor precio?

Vamos á decirlo al mostrar las principales verdades católicas que dimanar de este misterio, especialmente en lo que respecta á su eficacia y á los frutos que de él debemos percibir. Veamos primeramente cuál fué la causa de la pasión y cuál fué su fin.

En cuanto á causas segundas, hubo tantas cuantas fueron las personas que tomaron parte real en los padecimientos del Salvador; Judas que le entregó por el sórdido interés; los judíos que por envidia le llevaron ante Pilatos; y éste que sólo por el vil respeto humano firmó contra Él la sentencia de muerte; los soldados, los ejecutores y los verdugos que fueron los instrumentos de su suplicio.

Mas, la causa primera y principal fué el pecado, por el que debíamos á Dios una satisfacción digna de su Majestad, y por el cual se constituyó víctima Jesucristo. Sin el pecado, Dios no hubiera permitido que su divino Hijo hubiera sido maltratado, y éste no hubiera sufrido la muerte; pero por tratarse de nuestra redención y salvación, Dios dispuso y ordenó las cosas de aquel modo; no porque hubiera sugerido á Judas su traición, ni á los verdugos sus malos tratamientos, pues que Dios no puede ser autor del mal, sino porque permitió todo eso, en cuanto que tales procederés debían contribuir á la realización de sus designios de misericordia en nuestro favor. De lo cual inferimos dos cosas.

La primera es que Jesucristo padeció y murió voluntariamente. Si él no se hubiera abandonado con entera voluntad en manos de sus enemigos, éstos no hubieran tenido sobre él ningún poder. En efecto, el Evangelio nos enseña que más de una ocasión concertaron los judíos la muerte del Salvador; que intentaron apedrearlo, precipitarlo de lo alto de una peña, y que á pesar de tales deseos, ninguno de ellos se

atrevió á poner en él la mano; *porque, dice San Juan, no había llegado su hora.* (VII. 30.) Mas, cuando llegó esa hora señalada por Dios, permitió que se apoderasen de él, que no encontraran el menor obstáculo á sus sacrílegos designios. El Señor, que sabía claramente lo que le iba á acontecer, predijo y anunció más de una vez á sus discípulos su terrible pasión y su ignominiosa muerte. Una sola palabra de sus soberanos labios, derriba á sus enemigos, y Él lejos de huir, aguarda tranquilo que se levanten, y se deja atar y conducir como mansísimo cordero. Delante de los jueces no intenta desvanecer las imputaciones calumniosas que le hacen ni defender su inocencia; y cuando está para expirar en la cruz, á fin de probar que tenía fuerza y virtud para prolongar su vida cuanto hubiera querido, prorrumpe en una exclamación tan robusta como no podía salir de un hombre extremadamente agotado como se hallaba. Jesucristo, pues, nos dejó cien y cien testimonios de que su pasión fué enteramente voluntaria, concertada según nuestras necesidades y por el deseo que sentía de salvarnos.

La segunda consecuencia es que el fruto de la pasión y de la muerte de Jesucristo corresponde plenamente á los designios misericordiosos que tuvo en sufrirlos. Estos designios del Salvador se nos muestran á cada paso en las Sagradas Escrituras, y fueron: quitar al demonio el poder que había usurpado; *Para destruir por su muerte al que tenía el imperio de la muerte* (San Pablo, Hebreos, II-14); borrar y clavar en la cruz el decreto de nuestra condenación:

*Cancelando la cédula del decreto firmado contra nosotros, que nos era contrario, quitóla de en medio, clavándola en la cruz.* (San Pablo, Colos., III-14); salvar todo lo que se había perdido: *El Hijo del hombre vino á salvar lo que había perecido* (San Lucas, XIX-10), y por último, bendecir en él y por él á todas las naciones: *Para que la bendición de Abraham cupiese á los gentiles por Jesucristo.* (San Pablo, Gálatas, II-14.)

Así pues, nos libró de la esclavitud del pecado y del demonio, nos volvió á abrir el cielo, cerrado á todos por la culpa, y nos enriqueció con los auxilios necesarios para alcanzar la salvación: tales fueron los frutos de la pasión y muerte del Salvador.

Estas consideraciones nos llevan necesariamente á otra verdad importantísima, y es, que Jesucristo padeció y murió por todos los hombres, y que todos los hombres debemos reconocerlo por nuestro Salvador.

Las palabras de Dios en este punto son de tal manera precisas y claras en los Libros santos, que no se concibe cómo puede haber cristianos que, con detrimento de la verdad y de su propio interés, se atrevan á sostener que el Señor no vertió su sangre ni dió su vida por todos los hombres. Doctrina impía, herética, injuriosa á Dios, de ruina para las almas, que tiende á destruir la esperanza humana, á extinguir todo fervor, á entregarnos á la indolencia, al abandono y aun en la desesperación! Muy justamente, pues, ha sido condenada por la Iglesia, y noso-

tros debemos apartarnos con sumo cuidado de tales opiniones y máximas funestísimas!

Jesucristo, en las Sagradas Letras, es llamado el Salvador del mundo, el Redentor del mundo, el Corde-ro de Dios que borra los pecados del mundo. Se entregó, dice San Pablo, por rescatar á todos los hombres: *Se dió á sí mismo en rescate por todos.* (San Pablo, 1.<sup>a</sup> Tim. II. 5.) Según S. Juan, *Él mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados; y no tan sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.* (1.<sup>a</sup> Epíst. II. 2.) Oigamos de nuevo á San Pablo: *El cual es Salvador de los hombres todos, mayormente de los fieles* (1.<sup>a</sup> Tim. IV. 10); y en otra parte: *Así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados.* (1.<sup>a</sup> Cor. XV. 22.) Estas expresiones, y otras que omitimos en bien de la brevedad, nada significan sino prueban que la redención fué universal, sin restricción y sin modificaciones. A lo cual se añade, el sentir de los Padres de la Iglesia que están en perfecto acuerdo con las Santas Escrituras. Nuestro común Redentor ha pagado por todos el precio de salvación; sea cual fuere la manera como se haya aplicado á la muchedumbre de los hombres; todos debemos humildemente adorar los designios de la Providencia y ninguno ha de atreverse á juzgarlos; menos todavía nosotros que hemos sido enriquecidos con el don inestimable de la fe.

Guardémonos cuidadosamente de escuchar á aquellos que quieren restringir la obra de la redención á algunas almas privilegiadas. ¿Por qué recurrir á los

juicios insondables de Dios cuando la fe y la razón se unen para demostrarnos lo contrario? *La razón*, decimos, porque toda doctrina que nos inspire una idea indigna de Dios, de su bondad y de su justicia infinita; toda doctrina que apagase en nosotros la confianza en Él y el fervor de las buenas obras que nos preceptúa rigurosamente, es sin duda alguna doctrina errónea y debemos rechazarla con la mayor energía; porque Dios no es Dios si no es infinitamente justo y bueno, y Dios no puede contradecirse ordenándonos cosas que nos sería imposible ejecutar si esta doctrina de la universalidad de la redención no fuese perfectamente verdadera.

(CONTINUARÁ.)

## MORAL

### EL RESPETO Á LOS SACERDOTES.

(CONTINÚA.)

Obra de la Iglesia por medio de sus concilios y de su sacerdocio ha sido la abolición de la *esclavitud*. Recomendamos sobre este punto tan culminante de la civilización cristiana, las bellísimas páginas que Balmes le consagró en su inmortal obra *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*. Allí aprecia la extensión y la gravedad del mal; allí calcula las dificultades de la empresa y presenta en toda su grandeza la prudencia al par que la energía que la Iglesia supo desplegar para que tamaña obra llega-

se á feliz término. La historia, los concilios mismos, sirven de base á su demostración.

Va la Iglesia limando á toda prisa y con admirable constancia las duras y pesadas cadenas del esclavo hasta romperlas para siempre. Desdó luego, según la doctrina cristiana, el esclavo es también hijo de Dios, redimido con la sangre de Jesucristo, de quien es hermano: consigue que el trato de los señores para con sus siervos deje de ser bárbaro, cruel, y que en cambio sea caritativo. Luego favorece, aconseja, manda, defiende la manumisión de los esclavos, y esto por todos los medios posibles, sin exceptuar la venta de los vasos sagrados.

La profunda degradación que la esclavitud acusa en la sociedad; el trato cruel é inhumano que los déspotas señores daban á los desgraciados que llevaban esas ominosas cadenas sobre su cuello; el número ya incalculable de estigmatizados, todo revela que el mundo antiguo estaba muy lejos de la verdadera civilización. El mal parecía no tener remedio, y tanto más cuanto que las leyes y la misma filosofía (?) lo suponían una necesidad impuesta por la naturaleza.

El cristianismo con sus dogmas sublimes, con su moral, dió desde luego al hombre conciencia recta de su nobleza, de su elevado origen, de su celestial destino, é hirió de muerte desde el primer instante á la esclavitud. Los cristianos, aunque fuesen señores ó esclavos, adquirirían todos la santa libertad de hijos de Dios, esa libertad inquebrantable hasta en

medio de los tormentos y la muerte. La esclavitud desaparece, cuando los hombres por la caridad son hermanos y se convencen de que el mismo Dios no acepta ni estima en sus redimidos otra grandeza que la grandeza de la caridad. «¿Quién es ante Dios el mayor y más santo?—El que tiene mayor caridad, sea quien fuere.»

Ahora bien, para hacer efectiva esta gran ley de caridad, el clero se reunía en los concilios, discutía y promulgaba sapientísimas disposiciones y valíase de todo su poder, de todo su influjo para garantizar el cumplimiento. Del éxito responden la historia y el mundo actual.

A este propósito tuvo Balmes la curiosidad de coleccionar algunos cánones antiguos, en los cuales por modo indirecto encontramos testimonios del trato cruel y bárbaro que se acostumbraba dar á los miserables esclavos, y por otra parte tenemos patentes pruebas de la maternal solícitud que la Iglesia desplegara en proteger al débil oprimido, y la noble energía que usara en castigar los excesos de amos caprichosos.

«En el año 305 el concilio de Híberis impone grave penitencia á la señora que maltrata á su esclava. En 517 el concilio epaonense excomulga al dueño que por autoridad propia mata á su esclavo. El concilio quinto de Orleans, toma precauciones muy notables para que los amos no maltratasen á los esclavos que se habían refugiado á las iglesias.

«En otros concilios se prohíbe la mutilación de

los esclavos y se ordena que el castigo de esta falta se encargue al juez de la ciudad. Se impone penitencia al amo que por autoridad propia mata á su esclavo. Se reprime la violencia de los que se vengaban del asilo dispensado á los esclavos apoderándose de los de la Iglesia. Se castiga á los que atentan en cualquier sentido contra la libertad de los manumitidos en la Iglesia ó que le hayan sido recomendados por testamento. Se prescribe que la Iglesia se encargue de la defensa de los libertos, ora hayan sido manumitidos en el templo, ora lo hayan sido por carta ó testamento, ora hayan pasado largo tiempo disfrutando la libertad. Se reprime la arbitrariedad de los jueces que atropellaban á esos desgraciados, y se dispone que los obispos conozcan de estas causas. Se ordena que se atienda á la redención de los cautivos y que á este objeto se pospongan los intereses de la Iglesia por desolada que se halle, etc., etc.»

## V

La historia demuestra también que el sacerdote católico ha sabido vigilar en todo tiempo por el socorro *caritativo* de los pobres y de los enfermos. El sacerdote se ha hecho acreedor al significativo nombre de *padre* que le otorgan tan espontáneamente todas las clases sociales, pero en especial la clase proletaria. Bien conocido es el espíritu que animaba á la primitiva Iglesia: los fieles se preciaban de te-

ner un solo corazón y una sola alma en Jesucristo su modelo: se desprendían generosamente de sus bienes y los ponían en común para subvenir á las necesidades de los pobres. Los apóstoles, los sacerdotes, administraban estas limosnas repartiéndolas entre los menesterosos; mas pronto fué indispensable que se ordenase á los diáconos para que entre sus sagradas funciones se encargasen de este ministerio.

Es famoso el bello ejemplo de San Lorenzo, Diácono de la Iglesia de Roma: quiso obligarlo el emperador Valeriano á que entregase los tesoros de la Iglesia, y á la hora indicada se presentó el santo Diácono al frente de innumerable turba de pobres á quienes alimentaba y vestía con las cuantiosas limosnas de los fieles. En castigo de este atrevimiento mandó Valeriano que Lorenzo fuese asado en unas parrillas.

Ni la piedad, ni la caridad, han faltado jamás á la mística esposa de Jesucristo: acomodándose á las necesidades, á los tiempos, á los recursos, ha impartido é imparte siempre su cariñosa protección al pobre. En la historia de la beneficencia, nadie ha podido disputarle el primer lugar, y es que animada del espíritu de su divino Fundador, es ella la dueña exclusiva de virtudes que no se substituyen con nada. ¿Qué son el altruismo pedante y la hipócrita filantropía al lado de la caridad? Son, como se ha dicho, la moneda falsa de la virtud, la vanidad, el egoísmo, el cálculo, algo si queréis, que material-

mente alivia la pobreza, pero que no la ennoblece sino que la humilla; algo que deja en el corazón un fondo de tristeza incurable, algo que se paga de sí mismo y que casi ni es acreedor á la gratitud ni menos á un premio eterno.

(CONTINUARÁ.)

## VARIETADES

### IV

#### La voz de la Cuaresma.

¡Diez y ocho años y la libertad!... El joven ni entiende más, ni escucha *la voz de la conciencia* que le grita: «¡La Cuaresma, amiguito!... A cumplir con tu deber...! Tu madre espera que lo harás en esta vez!»

El joven sólo escucha *la voz del placer*: «¡Carnaval! ¡Carnaval!» ¡Una máscara! Y... á paseo... á divertirse... á gozarse... ¡Siga la gresca!»

Y el joven se divierte todo el día, toda la noche. *se divierte en perder su alma.*

Y sobre esta alma descende *la voz del Señor*. Terrible, trueno sobre la cabeza de los culpables:

¡*Vae mundo!* ¡Ay del mundo!

Y llena de dulzura, dice suavemente á los justos: ¡*Beati!* ¡Bienaventurados!

¡Diez y ocho años y sin madre!... ¡Ah! ¡Pobrecita huérfana! Su madre moribunda le dijo: «Prométeme que jamás has de ir *allá!*...»

Pero *allá* hay baile el martes de Carnaval... y la niña está invitada...

*La voz de su ángel de guarda* murmura á sus oídos: «¡No vayas! ¡Tu buena madre!... ¡Dios!...»

Pero *la voz de Satán* le grita: «Ve... y serás amada, recibirás mil agasajos, adoraciones... Después de todo, ningún mal hay en ir!... ¡van otras!»

Esas otras son almas perdidas... La niña va, y baila, y se divierte grandemente, y está encantada; mas... entre las flores que alfombran la sala del baile, ha dejado caer, ha pisoteado la de su virtud...

Y sobre esa alma, la voz del Señor descende: Terrible, trueno sobre la cabeza de los culpables:

¡*Ay del mundo!*

Y llena de dulzura, dice suavemente á los justos: ¡*Bienaventurados!*

¡La campana de la tarde! ¡Oh! ¡La campana de la tarde!

*La voz de la campana* vuela en alas del viento llamando á los fieles al templo de Dios.

Y la gran señora ha percibido el eco vibrante de esa voz. . . . Pero. . . . ¡ir al sermón!. . . . ¡Psé!. . . . ¿acaso no sabe lo que se va á decir?. . . . Ella es muy capaz de hacerlo como el mismísimo Párroco. . . . Mejor es quedarse en casa *al cuidado de la familia*. . . . y luego que las amigas suelen venir y. . . .

¡Ah! ¡Ya, ya!. . . . comprendo, señora. . . . Y os entretenéis con vuestros tertulios en larguísimos sermones, sin aburriros, sobre un tema siempre nuevo: el amor del prójimo? . . . .

Mujer frívola, orgullosa, ignorante de tus deberes, ¿cómo podrás ser buena madre? . . . .

Y sobre esta alma descende la voz del Señor: Terrible, trueno sobre la cabeza de los culpables:

*¡Ay del mundo!*  
Y llena de dulzura, dice suavemente á los justos:  
*¡Bienaventurados!*

Hé aquí todo un Señor Don, que va de prisa; ¡cuidado!. . . . no le interrumpáis el paso!. . . .

*Los negocios ante todo*; hé aquí su lema. . . . Pero, Señor, ¿y el negocio de su salvación, que es el más importante, el solo necesario?

¡Bah! en ese asuntillo no piensa el muy señor mío!. . . .

Hacer dinero: ¡este es su único anhelo! . . . .  
Y al mismo tiempo la voz de su esposa y la de su hija, dos ángeles de piedád, la voz insinuante de sus

ejemplos, la voz poderosa de su silencio mismo, le habla con la mayor elocuencia y le dice: «Ven, ven con nosotras al sermón; ven con nosotras á cumplir el precepto pascual. ¡Qué bueno sería que estuviésemos juntos los tres y Dios en medio de nosotros! . . . .»

El esposo, el padre, hace el sordo; corre á sus negocios; ¡cuidado! ¡no le interrumpáis el paso!

Y sobre esta alma descende la voz del Señor: Terrible, trueno sobre la cabeza de los culpables:

*¡Ay del mundo!*  
Y llena de dulzura, dice suavemente á los justos:  
*¡Bienaventurados!*

¡Una voz!. . . . ¿De quién?. . . . ¡¡De la muerte!!  
El anciano la percibe y palidece.

— Piensa, achacoso anciano, en que esta es, acaso, la última Cuaresma para ti. . . . Este es el tiempo favorable, estos los días de salvación. . . .<sup>1</sup>

Vuélvete al Dios de tu bautismo, al Dios de tu primera comunión. . . .

— Más tarde, más tarde, dice; no estoy ciertamente en agonía. . . .

— Quiere decir, replica la voz, que de los ochenta años de tu vida quieres consagrar á Dios, á lo sumo, el último minuto!. . . .

¡Generoso está el anciano! Pero acaso Dios no lo esté menos, y en tal virtud no los acepte!. . . .

<sup>1</sup> *Ecce nunc tempus acceptabile; ecce nunc dies salutis.* (II Cor. VI-2.)



Y en efecto, Dios no lo quiere... El anciano aguardaba; mas... ¡ha muerto! y ha muerto *demasiado pronto*... ¡a los 80 años!

Y... fué arrojado al abismo eterno... Y al caer miró hacia la tierra... Y vió á otros muchos que siguen por sus mismos pasos; aquel hombre, aquella mujer, el joven, la doncella!

Y... por última vez vuelve sus ojos al cielo... sobre la infranqueable puerta, escrita está la palabra: *¡Bienaventurados!*

Y lanza el grito postrimero á su juez exclamando: —Vuélveme á la vida, que yo me salvaré, y salvaré también á los culpables como yo!...

Mas, como rayo centelleante, brilla la ira de Dios, y el terrorífico trueno de su palabra retumba descendiendo al abismo y dice:

*¡Apártate de mí, maldito, al fuego eterno!!*

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

## BAZAR DE CARIDAD

PARA LA  
OBRA DEL CATECISMO.

CALLE DE LA ACEQUIA, BAJOS DEL NÚM. 2

MEXICO

## EL CATECISMO

ORGANO  
DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

*Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.*  
Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

## DOCTRINA

(CONTINÚA.)

Mas, ya advertimos que se presenta otra dificultad. Si Jesucristo padeció y murió por todos los hombres, ¿por qué son tantos los que se pierden? ¿Cómo conciliar la eficacia de la universalidad de la redención con este crecido número de réprobos, aun entre los cristianos, como se nos repite con frecuencia?

El corto número de los escogidos es una verdad incontestable; pero reflexionad un poco y decid si la condenación de los muchos proviene de Dios ó proviene de los mismos hombres. ¡Cuán graves obstáculos oponen éstos á la pasión de Jesucristo! ¡cuántos miserables por sus propias faltas y por su malicia inutilizan la sangre que derramó por ellos! Supongamos que un excelente médico hubiera inventado una medicina capaz de curar toda clase de enfermedades; ¿creéis que todos los enfermos recobrarían la salud? no; habría quienes continuarán